



Chachopo

Frío pueblo paramero ubicado a 2603 metros sobre el nivel del mar, a 105 kilómetros de Mérida. Chachopo surge después de un recodo en la carretera, a la vera del Motatán. Bajamos y subimos por sus calles pendientes que se esconden entre la niebla y nos detenemos en su pequeña Plaza Bolívar animada por los vivos colores de sus flores primorosamente cuidadas: capachos, gladiolas, pompones, rosas, dalias y crisantemos. El ambiente a nuestro alrededor nos invita a descansar, después de una jornada de viaje por carretera. Nos sentamos en uno de los bancos de la plaza a disfrutar del aire puro, al paisaje y la luz diáfana que ilumina los lomos de la montaña. Nuestra mirada no se cansa de detallar las cosas; los campos ajedrezados en distintos matices de verde, la estampa bucólica de los bueyes arando la tierra y las casas

de viejas tapias con anchos aleros. Ciertamente, Chachopo es un remanso de paz en la cordillera, muy cerca del cielo.

De repente, la brisa de la sierra nos ha traído las palabras quedas, de un par de niños parameros que, envueltos en sus ruanas, juegan cerca de la plaza. Sus caras redondas, pelo negrísimo y mejillas tostadas por el frío nos atraen por su autenticidad y fuerza primigenia como típicos exponentes de la estirpe andina.

La iglesia del pueblo presenta una fachada remata en frontis triangular y una torre de campanario de base circular, rematada en cúpula. En su interior destaca el altar cuya base es un águila tallada en mármol.

Entramos a una bodeguita cerca de la plaza y nos tomamos un calentao: un licor dulce, preparado con aguardiente de caña o miche, panela, anís, canela y clavos de olor. Se toma en vasos muy pequeños y sirve para quitarle a uno el frío rápidamente.

En el mes de diciembre se celebran en Chachopo las fiestas en honor a San Benito, desde el 28 en adelante. Entonces podemos ver los famosos Giros de San Benito o grupos de danzantes ataviados con trajes blancos y cintas multicolores que bailan sin cesar por las calles y plazas de la localidad hasta el atardecer. El silencio del pueblo es roto por el estruendo de los morteros y trabucos, la algarabía de los campesinos que se apiñan en sus calles para ver el espectáculo y el ruido incesante de las campanas. Durante estas fiestas llegan turistas al pueblo que se alojan en la posada que se halla en la parte de arriba del pueblo.

En Chachopo y sus alrededores, se cultivan hortalizas de todo tipo como alcachofas, calabacines, papa, coliflor, zapallo y lechuga, así como también las flores que son muy cotizadas en el centro del país. Trabajan la agricultura en forma tradicional, debido a las dificultades topográficas de la zona, con fuertes pendientes de hasta 60 grados. El arado se hace con bueyes y para salvar los precipicios, se usa la tarabita: un cajón de madera

colgado de unas guayas que se desplaza por sobre el cauce de los ríos. Sin embargo se abusa del uso de fertilizantes y plaguicidas, sin tomar las medidas de seguridad del caso, cuando se manejan estas sustancias químicas. Se han reportado casos de intoxicación y envenenamiento por el uso de productos muy contaminantes. Algunos de ellos ya han sido prohibidos en los países que los fabrican.

Chachopo aparece como un pueblo de indios en 1581. En la actualidad es una parroquia del Municipio Miranda con 2.102 habitantes. La parroquia lleva el nombre de Andrés Eloy Blanco (1896- 1955), en homenaje al gran poeta venezolano que inmortalizó al pueblo en su poema “La Loca Luz Caraballo”.